

ECOS LITERARIOS

RELIGIOSOS, HISTÓRICOS, ARTÍSTICOS



AÑO II

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Solo meses	4	Puestas
Un año	7,50	
Número suelto	0,25	

PAGO ADELANTADO

BILBAO 29 SEPTIEMBRE 1898

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
SOMERA, 14, 2.º

ANUNCIOS, SEGUN CONVENIO

Publicase los días 9, 19 y 29
de cada mes

N.º 36

SUMARIO

El modernismo, por M. de Unamuno.—*Los peregrinos*, por F. de Iturrigarria, Pbro.—*La puesta del sol*, por F. Coppée.—*Desde la orilla*, (poesía), por B. de los Ríos.—*Pensamientos*, por J. Selgas.—*Trabajos de un cronista*, por Alonso Ortiz de la Torre.—*Lo que no muere*, por Salvador Rueda.—*De aquí y de allí*.—*Crónica Decenal*, por G.

SOBRE EL MODERNISMO

Hoy es el día, después de tanto como se escribe acerca del modernismo, en que no sé á qué se reduzca la cacareada escuela. Sucédeme con este *-ismo* lo que con otros muchos: cuanto más leo lo que se diserta á cuenta de ellos, peor enterado salgo.

De los seis puentes de alguna importancia que, si no marra mi cuenta, hay sobre el Nervión, se le llama *nuevo* al más antiguo de ellos. Y como este caso hay muchos en todas partes.

Es, de la misma manera, peligroso llamar á nada *moderno*, porque lo moderno de hoy será lo antiguo de mañana, observación digna de nuestro profundo y castizo Pero Grullo, pensador de no tan reconocida importancia como la que merece.

Después de haber dividido la historia posterior á la era cristiana en tres grandes edades, bautizándolas con los nombres de antigua, media y moderna, hase añadido una más, la contemporánea, desde la Revolución francesa acá, y no sabemos á qué recurso de nomenclatura se acudirá cuando la hoy contemporánea deje de serlo.

Mas volviendo al hilván de estas líneas se me ocurre pensar que cien veces se le habrá ocurrido al lector, lo mismo que á mí, la diferencia que pueda haber entre moderno y modernista.

Pocas cosas más chuscas que la pretensión de ciertos escritores de ser más modernos que otros. Es, en el fondo, una insignificante simpleza decir de un escritor contemporáneo que es del siglo XVI ó del XX, simpleza, que por serlo, suele decirse. Eso de que unos se adelanten y otros se atrasen á su tiempo pasa por verdad inconscusa, sin dejar de ser la más superficial paradoja.

Es como cuando se habla de retrogradismo. Todo movimiento es vida y, si se

mira hondo, progreso, é importa poco que los hombres quieran empujar al carro de la historia en uno ú otro sentido, pues siempre marchará hacia el porvenir.

Lo malo es los que quieren pararlo, porque en cuanto á los que tratan de impedirle un movimiento cualquiera empujan y empujan, y resulta que no hacen sino ayudarle en el que naturalmente lleva. Si se ata á un perro á la cola de un carro y el perro tiene ganas de moverse, no tendrá más remedio que ir en la dirección del carro mismo, debajo de él y acaso empujándole algo.

Pero, vamos á ver, en resumiadas cuentas qué es eso del modernismo?

En literatura, como en todo, lo permanente es lo eterno, y al decir eterno quiero decir lo que sale de las limitaciones de tiempo, lo que revela la esencia del espíritu humano.

Pasan las escuelas, los procedimientos, las novedades y las modas todas como pasan las riadas que bañan, inundan, fertilizan ó asuelan á un país, pero dejan un poso de rica tierra de acarreo, cuando no la arrastran consigo. De todo queda algo, y de eso que llaman modernismo algo quedará sin duda.

Si no fuese por caer en el mismo pecado que censuro, metiéndome á inventar motes, diría que lo que nos hace falta es eternismo, noble aspiración á ser de siempre y no tan sólo de ahora. Magnánimo es, sin duda, el empeño de vivir en la historia, de legar un nombre que se extienda por la serie de los tiempos venideros, pero es mucho más magnánimo tender á vivir en la eternidad, á salirse del tiempo, despreciando la sobrevivencia temporal del nombre. Y si alguien dijese que es tender á lo imposible, retuerde el tal que fué lo imposible (humanamente hablando) lo que se nos puso por última mira de nuestros esfuerzos al decirnos: Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial.

Y bajando un poco de tales encumbramientos añadiré que en literatura el eternismo se reduce á la sinceridad.

Mas en esto de la sinceridad hay que hacer alto y fijarse un poco.

A más de uno le ocurre arrepentirse de algunas de sus pasadas sinceridades, y nunca es de veras sincero aquello de que uno haya de arrepentirse más tarde. Fué tal vez sincero en cierto restringido sentido mientras lo pensó ó sintió y escribió ó dijo, pero fué una sinceridad temporal y por lo tanto falsa.

No consiste la sinceridad en soltar lo primero que se nos venga á las mentes sin respeto al público ni á nosotros mismos. Diferénciase el recuerdo del loco en que aquél no dice ni hace las locuras que lo mismo que á éste se le ocurren, por ser dueño de sí y no haber perdido el freno.

Podemos decir que hay en el hombre dos crecimientos espirituales; el uno dentro á fuera y el otro de fuera á dentro. El hombre más interior se desenvuelve desde su núcleo, y sobre el que van formando un sedimento todas las adquisiciones que orgánicamente pasan por él. Es lo asimilado.

Llevamos además otro sujeto, el exterior, formado por capas de acarreo que el mundo deposita en nosotros. Y éste suele desnaturalizar á aquél.

La verdadera, la honda sinceridad, sólo la hallamos refugiándonos en nuestro hombre interior y tratando de ponernos allí de acuerdo con nosotros mismos, que no es pequeña tarea. La sinceridad es el premio de una larga labor, no explosión de cualquier tumor pasajero.

Puede perdonarse al corista que aspira á partiquino el que alguna vez en el coro lanzando á destiempo una nota que llame la atención sobre la vibrante limpidez de su voz, pero hacer profesión de desafinador es la más insoportable insinceridad.

En resolución, la sinceridad se adquiere, y es como el genio, hija de paciencia. No es sincero el que quiere, sino el que puede, y para poderlo ser hay que saber quererlo.

Sólo ella, la sinceridad, puede llevarnos al eternismo en literatura y arte. Por mi parte prefiero un tonto al natural á un inteligente artificioso y encuentro hasta más genial un imbécil que se deja ser como en realidad, que no un talento que se empeña en ser como no es, en ahogar su hombre interior.

A todo lo cual sigo ignorando qué cosa sea el modernismo.

MIGUEL DE UNAMUNO.

LOS PEREGRINOS

A MI BUEN AMIGO D. SIMÓN LIZARRAGA

Uno tras otro, salvando el tajo
que evita el casco de su corcel,
montaña arriba, montaña abajo,

1.9.2/82

